



EL RODANO.

En el momento en que inundados varios departamentos de la Francia, especialmente los del Mediodía, por la extraordinaria crecida que han tenido sus caudalosos rios, efecto de las continuadas lluvias del mes de mayo: en el momento en que Napoleon III, ese hombre infatigable, cuya atencion se fija en todo, y que merced á la rapidez de las comunicaciones con que hoy la industria humana salva la distancia, tan pronto aparece en Burdeos sobre las márgenes desbordadas del Garona ó en Orleans en las orillas embravecidas del Loira, ó en Lion, Viena y Aviñon, cuyos campos y poblaciones ha invadido el caudaloso Ródano, distribuyendo en todas partes consuelos y socorros como una benéfica providencia: no será fuera de propósito que hablemos á nuestros lectores del Ródano, ese rio que es una riqueza de la Francia; pero que de vez en cuando abandonando el profundo cauce que le trazó el dedo del Eterno, viene á esparcir la consternacion y el duelo entre las opulentas ciudades que ven retratarse en sus aguas sus magníficos edificios.

Napoleon III ha recorrido las márgenes del Ródano seguido de sus ayudantes que llevaban sacos de oro, en donde el Emperador con liberal y generosa mano sacaba grandes cantidades para distribuir á los infelices grupos que arrasados sus ojos de lágrimas veían desde el punto á donde habian buscado un asilo contra el impulso de las aguas, flotar en sus olas y precipitarse al mar sus cosechas, sus muebles, toda su modesta fortuna.

Napoleon, el hombre de las gigantescas empresas, el hombre que á su voz convierte en un magnífico parque el bosque de Bolonia, el hombre que en menos de un año, derribando una sexta parte de su capital, construye la calle de Rivoli, calle la mas magnífica y sin rival en el mundo; el hombre que termina el Louvre, ese inmenso palacio para cuya conclusion han trabajado tres razas de reyes y ha costado siete siglos á la arquitec-

tura (1), ha concebido sobre las márgenes mismas del Ródano el proyecto de contener para siempre su desbordamiento y preservar el Mediodía de la Francia de sus fatales inundaciones. En Lion mismo está datado en este mes el decreto de obra tan colosal, que parecería increíble si no viniesen á apoyarla las maravillosas obras llevadas á efecto en los cuatro años de su imperio, en que si ha reducido al silencio á los ideólogos, de quien tan enemigo era su tío, ha hecho hablar muy alto á la industria, á las artes y al trabajo.

El Ródano es uno de los mas grandes rios de la Francia; toma su nacimiento en los Alpes, al pié del monte de la Horca, cerca del San Gothardo. Dos torrentes que se escapan de una enorme nevera forman desde luego su corriente por la reunion de sus aguas. Cerca de dos leguas de aquel punto aparece el Rhin: mas cerca del Ródano se ve surgir el Russ, el Aar y el Tesin.

El aspecto de la alta region de los Alpes, de donde brotan tantos rios célebres, es grandioso y solemne; aquellas inmensas moles que constituyen la cordillera de los Alpes presentan la imagen del desorden: testigos fueron esos montes de las convulsiones de la naturaleza cuando la tierra tomó la forma que el Criador le dió para que llenase sus altos designios. Crestas y picos innaccessibles y cubiertos de nieve; pendientes casi perpendiculares que dan á las cumbres casi las formas de obeliscos; profundos valles circuidos de grandes asperezas; peñas desmoronadas por el tiempo, que amenazan de continuo una estrechosa caída; tal es el conjunto que forman las colosales cordilleras de los Alpes.

Nace el Ródano á la extremidad oriental del Vales, que se para al antiguo canton de Uri y corre á torrentes por un estrecho valle. Pasa á Leuck, sitio célebre por sus baños; y Sion,

(1) El Louvre fué comenzado en 1215 por Felipe Augusto, y no se ha terminado completamente hasta 1855.

15 DE JUNIO DE 1856.

capital de esta comarca; después á San Mauricio, en donde la atraviesa por un gran puente que une la miserable serie de casas arruinadas que forman la ciudad de este nombre y la inmensa muralla de rocas en que están apoyadas.

Esta es la vista que representa el grabado que ofrecemos hoy á nuestros lectores. Por el puente de San Mauricio pasa el Ródano cual formidable torrente, y corriendo en seguida al Nordeste, sirviendo en cierto modo de límite á la Suiza y al resto del Vales, dejando en fin á su derecha á Merville y Villanueva, y á la izquierda la montaña de San Gingovph, entra en el lago Lemán, ó lago de Ginebra. Allí deposita los sedimentos de las tierras que arrastra en su rápida carrera, y después de haber llenado aquel vasto estanque, sale de él brillante y puro, y sus transparentes, cristalinas y azuladas aguas atraviesan á Ginebra y los jardines que embellecen las deliciosas cercanías de aquella ciudad; empero no conserva largo tiempo su limpidez. A un cuarto de legua de los mares, el Arva, impetuoso torrente, le trae el tributo de sus cenagosas aguas, y cual si el Ródano quisiese evitar aquella impura mezcla, se arroja sobre la opuesta orilla y se ve por un gran trecho correr sus azules aguas en un mismo cauce; empero separadas de las cenicientas y turbias aguas del Arva.

Después de haber recorrido el valle que domina á lo lejos y á la derecha el Monte-Jura, á la izquierda el cerco del círculo formado por el monte Saleva, el Monte-Sion y el Vuache, y de haber salvado el estrecho paso de la Esclusa dominado por el fuerte de este nombre, circuye la falda del monte Credo, y se abre allí un cauce muy angosto y muy profundo. El cauce del Ródano trazado en seguida en tierras arcillosas sobre bancos de rocas calcáreas, penetra en estas y le ahonda de tal manera, que puede ocultarse y desaparecer enteramente á la vista: esto es lo que se llama la Pérdida del Ródano. Este fenómeno le hemos podido admirar y le habrán admirado algunos de nuestros lectores en la Mancha, en donde el Guadiana desaparece y vuelve á aparecer varias veces después de un largo trecho; fenómeno muy curioso, conocido bajo el nombre de los Ojos del Guadiana.

Antes de llegar al punto llamado *la Pérdida del Ródano* corre este río en un profundo cauce que se ha abierto en tierras arcillosas. Entonces se ensancha, y como es igual y en suave declive, las aguas no están agitadas y corren con majestuosa tranquilidad. Pero cuando el Ródano llega al banco de roca que pasa debajo de la arcilla, de pronto falta debajo de él aquella roca y vuelve á tomar la forma de embudo, precipitándose con una celeridad y un estruendo prodigioso: sus aguas se rechazan mutuamente, se agitan, se levantan, se estrellan, se hacen pedazos en espuma, y esto es lo que se llama el salto del Ródano, y que sobre mil metros de longitud forma dos cascadas. Este río ha franqueado al través de las rocas diversos surcos que presentan pasos mas ó menos favorables á la navegación. En general este último paso es muy difícil de vencer.

El Ródano baña por el mismo lado Lion, Tournon, San-Peray, La-Voulte, Viviers, el Burgo á San-Andeol, el puente de Sancti Spiritus, Roquemaure, Villanueva-lès Aviñon, Aramon y Belcaire. Riega á la izquierda á Quen, Vienne, San-Vallier, Taim, Valence, Montelimart, Caderousse, Aviñon, Tarascon y Arlés.

Algo mas arriba de Arlés, en Fourques, el Ródano se divide en dos brazos, de los cuales el principal desemboca en el Mediterráneo junto á la torre de S. Luis, y el segundo brazo llamado el pequeño Ródano se dirige hacia la derecha y forma la isla de Camarga, y desemboca en el mar en el golfo de Lion junto á las islas de Santa María.

Dicho río recibe por la ribera derecha al Ain, al Saona en Lion, al Ardeche, al Ceze, y al Gardon, y por la izquierda al Isere, al Drome y al Durance. Por un lado forma los términos de los departamentos del Ain, del Isere, del Ródano, del Ardeche, del Drome, de Vaucluse, y del Gard; y riega al de las Bocas del Ródano.

Empieza el Ródano á ser flotable en Arlod, y navegable en Parc, algo mas arriba de Seyssel, departamento de Ain; la nave-

gacion se hace dificultosamente á causa de las rocas que se hallan en medio de la corriente. Este río se perdía durante el invierno en el puente de Linéy, en Bellaguardia, debajo de una roca que interceptaba la navegacion. Cortóse al fin esta roca que cedió el lugar á un canal, en el que flota gran cantidad de maderas de construccion. En verano cuando la corriente se halla aumentada con las nieves derretidas de los Alpes superiores, cubren las aguas todas las rocas.

Desde Lion hasta Aviñon corre el Ródano con suma rapidez que va disminuyendo á medida que se aproxima á Belcaire y á Arlés, y es casi nula en un grande espacio antes de desembocar en el mar. A cada orilla del río se han construido diques destinados á contenerle é impedir que extienda la desolacion á las llanuras vecinas.

Las bocas de este río son muy numerosas, y las islas que las separan forman barreras que hacen muy difícil el paso; la principal es la de Camarga.

El Ródano engruesado con los rios que corren de los Alpes, de Vosgue, del Jura y de Cevennas, y afluyen en él entre ellos el famoso Durance, viendo guarnecidas sus orillas de ciudades célebres, camina majestuosamente hacia el mar.

Baña el suelo donde se alzaba el altar que las ciudades de las Galias habian consagrado á Augusto. Lion ostenta allí las maravillas de su activa industria; Viéna que da su nombre á dos grandes provincias, ve retratar en sus aguas rápidas los restos de su esplendor antiguo; Aviñon conserva sobre sus márgenes la antigua morada de los soberanos pontífices; Arlés muestra con orgullo los mutilados restos de los suntuosos edificios de la Roma de las Galias. Su curso es de 128 leguas, y es una de las mas importantes comunicaciones abiertas al comercio de la Francia.

Es una riqueza; pero también una amenaza continua, un peligro para las ciudades que baña, á quienes de cuando en cuando á cambio de los beneficios que causa, viene á llenar de llanto y de desolacion.

La fuerza de voluntad del hombre que hoy rige los destinos de la Francia, trata de encadenarle para siempre en un poderoso y perpetuo cauce. ¡El decreto de Lion es el reto lanzado al formidable río! El genio del hombre va á luchar con la naturaleza. ¡Ha vencido tantas veces el hombre, que auguramos hoy esa conquista de su poder en el siglo en que ha dominado el espacio del mar y de las tierras por el vapor, y hecho tan rápida la palabra hasta las extremidades del mundo como el pensamiento!!!

José MUÑOZ y GAVIRIA.

MEDINA AZZAHRA.

EPISODIO HISTÓRICO.

(Continuacion.)

III.

Después que el califa mostró á la hermosa Azzahrá el ornato y riquezas de aquellos mágicos aposentos, recorrió con ella las demas estancias y pabellones del gran alcázar, en todos los cuales hallaba la vista nuevos motivos de admiracion y grata sorpresa. Puesto que el dar la descripción minuciosa de cada una de estas deliciosas mansiones fuera cosa demasiado prolija, y tampoco tengamos para ello los suficientes datos, bástenos decir que todas ellas, así como los otros alcázares y casas de placer de Medina Azzahrá, mirábase ricamente decoradas con el precioso sofesifafa, enlazándose vistosamente sus caprichosos mosaicos y labores sobre el fondo dorado y azul de los muros y techos. Los pavimentos eran de ricos mármoles de varios colores, formando artificiosos cortes y dibujos, y las vigas y artesonados de las cobas eran de madera de alerce primorosamente trabajada, así como las hojas de sus puertas de ébano, cedro y otras maderas peregrinas y aromáticas. En muchos de sus aposentos

y estancias, en conchas de pórvido y alabastro, brotaban copiosas y cristalinas fuentes, que derramándose ya por piñas y granadas, ya por las bocas de animales de bronce y aun de metales mas preciosos, brindaban á los moradores de aquel Edén con la frescura mas deliciosa en las siestas del ardiente estío. Entre otras de estas preciosidades sorprendieron agradablemente los ojos de Azzahrá las figuras de un cervatillo y una cierva de bronce hueco que decoraban dos fuentes colocadas en uno de los patios del alcázar, arrojando agua de sus bocas sobre pilas de mármol. Sin duda que en ellas quiso el escultor árabe dar forma á aquella hermosa imagen bíblica tan propia para ser concebida por un hijo del ardiente clima del Asia (1).

«Como el ciervo suspira por las frescas fuentes, así mi alma suspira por tí, oh Señor (2).»

Los toldos, alfombras y cortinas de las diversas estancias con sus ricos tejidos de oro y seda, como que procuraban rivalizar con los jardines y bosques, representando hermosos paisajes con sus flores, arboledas, aves y animales, fuentes y arroyos; y hasta para aventajar en la fragancia de los aromas á las florestas y verjeles, suavísimas esencias quemadas en pebeteros de oro perfumaban el ambiente en aquellas moradas del deleite. Semejante esplendidez y riqueza contempló Azzahrá cuando la llevó el sultán á que recrease mas y mas sus ojos, visitando los otros alcázares y casas de placer, templos y cenadores, casas de baños con sus pilas de alabastro en lugares muy amenos y á la sombra de árboles aromáticos, y en fin las demas delicias así del arte como de la naturaleza, que su industria habia derramado en toda la amenísima falda de aquel pintoresco monte de Alarus. Visitaron asimismo la casa de las fieras, á donde el emir habia hecho traer muchos leones, tigres y otros animales feroces y extraños de Africa, así como tambien multitud de aves curiosas por su rareza y hermosura del plumaje, venidas de apartados climas. Estas fieras y aves ocupaban sus estancias separadas y sus jaulas defendidas con verjas de hierro y cubiertas con sus toldos contra el sol, teniendo ante sí cierta explanada para que sin riesgo pudiera disfrutarse de su vista (3). Para que nada faltase al gusto ni la curiosidad, habia dispuesto el sultán que se edificasen en medio de los lugares mas frondosos muchas *albercas* (4) y *albuheras* (5), que retrataban deliciosamente en el espejo de sus aguas las arboledas y flores, el cielo y las rosadas nubes del ocaso, y que se miraban pobladas por gran muchedumbre de peregrinos peces (6). Despues de tan delicioso paseo, Abderrahman y su favorita tornaron al gran alcázar, en donde para celebridad del día obsequió el soberano con un suntuoso banquete á toda su corte en la vasta azotea que coronaba el palacio entre las dos alas ó viviendas oriental y occidental y delante del alcázar pequeño del califado. Abderrahman Annasser, asistido por los gentiles mancebos slaves, comió con su amada en la misma cobba ó albahú dorado principal, en medio de las dulces músicas y canciones con que sus jóvenes esclavas procuraron solazarles.

Al ponerse el sol de este risueño y fausto día, como resonase desde un alto alminar la voz del *muedzin* (7) llamando á los fieles á la oracion, el emir con Azzahrá y toda su corte entró para rezar la *assala* del ocaso en la aljama, rival en magnificencia de la de Córdoba, que Annasser habia hecho edificar tam-

bién en aquel real sitio para uso de sus moradores. Esta mezquita de suntuosa y soberbia fábrica, media noventa y siete codos de longitud desde el norte á la *quibla* ó mediodía, sin contar lo que ocupaba el *Mihrab* (1) y sesenta y uno de anchura. Constaba de cinco naves; la de en medio de trece codos de anchura y las demas de doce. Su patio, que media cuarenta y tres codos de longitud, se miraba enlosado de mármol rojo, y en medio de él en una pila de alabastro brotaba una copiosa fuente. Su *assoma* (2) ó *alminar* era cuadrado y se elevaba cincuenta codos, y toda ella estaba lujosamente decorada con todos los primores que el arte árabe sabia ejecutar con el estuco, el oro y el azul; pero señalándose particularmente por su preciosidad y riqueza el *minbar* ó púlpito.

Fuera de los alcázares y sitios de recreo, formaban el casco de la poblacion de Medina Azzahrá hasta cuatrocientas casas (3) para habitacion de los wacires, ulemas, poetas, alfaquíes, cortesanos, monteros y halconeros, por ser el califa muy aficionado al ejercicio de la caza, así como tambien para los alcaides de las huestes, los eunucos y slaves de la guardia y servidumbre (4) y demas gente de armas y personas principales y allegadas á la corte del emir. En cuanto á las mujeres, que entre concubinas y esclavas llegaban á seis mil trescientas, habitaban en el mismo alcázar del califa, en donde habia para ellas hasta trescientos baños (5).

Trazada ya la descripcion de Medina Azzahrá, segun las noticias que hemos hallado en los cronistas árabes, réstanos solo, aunque de corrido, como cosa menos acomodada á nuestro objeto y estudios, el entrar en algunas consideraciones artísticas sobre aquellos monumentos antes de proseguir en el relato del episodio histórico que nos hemos propuesto. El señor Madrazo que ha tratado exprofeso este asunto, fundándose en el examen ocular de los fragmentos que ha consultado de aquellas ilustres ruinas, deja fuera de toda duda el que la arquitectura de Medina Azzahrá y otros monumentos de Córdoba, como la capilla nombrada todavia del *Mihrab*, pertenecen á la arquitectura árabe bizantina, es decir, la que á imitacion de los griegos adoptaron los árabes en la época mas floreciente del imperio de Córdoba. Imitaronla los árabes proponiéndose por modelo las columnas y las filigranas llamadas *sofeisafa* traídas en gran copia de Constantinopla y adoptadas por ellos bajo la direccion de arquitectos venidos tambien de aquellas partes, embelleciéndolas mas y mas con las galas que supieron hallar en su imaginacion ardiente y amiga de lo maravilloso. Así fué como aquellas mismas gentes se ilustraron con las letras y civilizacion de los griegos, traduciendo sus mejores libros de filosofia, medicina y otras ciencias, ó mas bien ajustándolos á las ideas y poéticas formas del genio oriental, al destinarlos para la enseñanza en las famosas madrisas ó academias de Córdoba: «Ahí teneis (dice el señor Madrazo) todos los elementos de la ornamentacion mas bella y graciosa que creó el oriente y regularizó el genio estético de los pobladores del Archipiélago: las postas que fluyen las olas de la mar; los meandros ó grecas de listones que se interrumpen y cortan en ángulos rectos: los enlaces ó entrelazos, combinacion preciosa de líneas rectas y curvas que imita las trenzas del cabello; las palmetas en que con la mayor donosura alternan hojas agudas y hojas obtusas, unas replegadas hácia dentro, otras hácia fuera, imitacion feliz del loto asirio y de las palmas fenicia y tehana; el acanto silvestre, tan parecido á la hoja del punzante cardo; el tulipán y la flor del loto, graciosa importacion del arte de Persépolis, al

(1) Sabido es que así en poesia como en religion, los árabes son discípulos é imitadores en mucha parte de los hebreos.

(2) El ciervo de bronce de que hablamos se halla hoy en el museo provincial de Córdoba, y su altura es de poco mas de un pie. La cierva tambien de bronce se llevó al monasterio de nuestra Señora de Guadalupe.

(3) *Almacc.*, I, 350.

(4) Es palabra árabe.

(5) Es tambien voz árabe y significa en esta lengua mar pequeño.

(6) Dice un historiador árabe que se gastaban todos los días en cebar estos peces doce mil panes y ademas diez y seis calices de garbanzos. *Almacc.*, I, 373.

(7) Llamán así los musulmanes al ministro de la mezquita que desde la *assoma* ó torre pregona las cinco horas de las *assalás* ó oraciones.

(1) *Mihrab*: lugar reservado para morada ó oracion, y mas propriamente la parte del templo donde se asienta el imam y preside las oraciones y prácticas religiosas.

(2) La torre de la mezquita de la *raiz ssamaa*: levantarse en cúspide.

(3) *Bayan Almoghreb*, parte II.

(4) Dicen los árabes que á los mancebos, eunucos y guardias slaves se les pasaban diariamente hasta trece mil libras de carne, sin contar varias especies de aves y peces, pues llegaba el número de ellos á 13,750. *Almacc.*, I, 372.

(5) *Bayan*: en el lugar citado.

cual fué comunicada por la arquitectura de Nínive y Babilonia (4).»

A vista de estos detalles y vestigios el señor Madrazo no pudo menos de combatir la opinión de nuestro célebre Ambrosio de Morales, que tomando aquellos restos de arquitectura por de carácter romano, afirmó ser aquella la Colonia Patricia fundada por M. Marcelo (2), error que adoptaron después otros muchos escritores. «El erudito cronista de Felipe II (añade) que vivió algunos años en el monasterio de S. Gerónimo de la Sierra (3), obcecado con el error vulgar, no vió lo que saltaba á la vista, esto es, que los fragmentos de arquitectura decorativa de mármol, piedra y barro diseminados por la déhesa de Córdoba la Vieja, eran de la misma casta que la ornamentación del Mihrab de la mezquita mayor (4).»

Pero apartemos los ojos de las ruinas de Medina Azzahrá, para contemplar á la luz inextinguible de la historia lo que fué aquella prodigiosa fábrica levantada por el capricho de una favorita y á costa de inmensas sumas, embelleciéndose además con los presentes de monarcas poderosos amigos y aliados del califa de Córdoba, y con los despojos de otros monumentos y maravillas del arte. Hé aquí el elogio con que celebra aquella fundación un autor árabe. «Cuando Annasser (dice) llevó á cabo la obra del alcázar de Medina Azzahrá, extremado en majestad y magnificencia, convinieron los hombres en que los islamitas no edificaron jamás monumento comparable á este. Y entre las innumerables personas de tierras distantes y contrarias religiones que acudieron á visitar aquella maravilla, con ser muchos de ellos príncipes, embajadores, mercaderes y hombres notables y entendidos, todos fueron de un acuerdo en que jamás vieren cosa semejante en hermosura. Ello es cierto que solo la espaciosa y muy llana azotea, que descollaba sobre la deliciosa *raudha* con su aposento dorado y cobba hubiese bastado para que Annasser lograra admirablemente su propósito de edificar un monumento en que brillase la sublimidad de la inteligencia y la hermosura del adorno (5).»

Para solemnizar la fundación de Medina Azzahrá, el califa dispuso grandes festejos y regocijos públicos, que se celebraron en aquel día y los siguientes, como lidés de toros, corridas de cañas y sortijas, zambras y otros juegos y diversiones del gusto de los árabes. Gran muchedumbre de moros cordobeses y de otras comarcas y regiones acudieron á las fiestas, alojándose á la usanza oriental en tiendas y pabellones asentados en los vecinos campos, figurando diversos aduares y campamentos. Por las noches hizo Annasser iluminar los palacios y jardines de Medina Azzahrá y las casas de placer y aduares esparcidos por la campiña, cuyas luces reflejándose sobre la multitud de estanques y arroyuelos ó partiendo sus trémulos rayos entre el verde follaje, presentaban un aspecto verdaderamente maravilloso y fantástico. En todo el recinto de Medina Azzahrá dispuso el califa que se ocultasen entre la espesa multitud de sus mancebos slaves y las jóvenes esclavas de su favorita, que ya alzaban poéticas canciones alusivas al objeto de las fiestas, ó ya formaban con sus añafles, alities, alaúdes y otros instrumentos, armoniosos conciertos y músicas, á cuyo compás numerosos danzadores y bailadoras triscaban sobre el verde césped que alfombraba la tierra. Mientras Annasser con sus mujeres y esclavas así se solazaba en los verjeles de Azzahrá, los alcaldes, xeqúes y guerreros se juntaban á conversar á las puertas de sus tiendas, recordando los hechos y glorias de sus antiguos monarcas y hé-

roes ó entonando los versos amorosos y caballerescos del famoso poeta *Antara* (4). Por tal manera aquellos árabes gozaban muy á su placer de las veladas y diversiones que llamaban *zambras*, y tan antiguas entre ellos, que traían su origen de las conferencias y solaces nocturnos que los beduinos del Hichaz y el Yemen celebraban reunidos á la luz de la luna en medio de sus aduares, en los desiertos, en los siglos anteriores á Mahoma.

Mientras el alborozo y el placer reinaban en aquellos lugares venturosos, una mujer desdichada acudía á la aljama mayor de Córdoba para implorar el perdón del Misericordioso en favor del califa, cuyo corazón seducido por los halagos y seducciones engañosas del mundo, habíase apartado de Allah y de sus santos caminos. Esta mujer desventurada era nada menos que la gran señora (2) é ilustre sultana de Córdoba *Murchana*, mujer del califa, que desdénada y aun casi olvidada por él desde su frenético amor hacia Azzahrá, vivía triste y retirada en un aposento solitario del alcázar de Córdoba. *Murchana*, como buena y amante esposa, lamentaba en su retiro los desdenes y abandono del real esposo; y como era tan infeliz que le adoraba á pesar suyo, no hallaba en tan penosa soledad otro consuelo que las visitas y caricias tiernas que solía recibir de vez en cuando de su hijo y príncipe heredero de la corona (3) el emir *Alhacem*. La noche en que dieron principio aquellos festejos, *Murchana* mirando involuntariamente hacia Medina Azzahrá desde una ventana de su aposento que daba al norte, le pareció ver envuelta la deliciosa morada del placer en una nube sangrienta. La sultana aterrada con esta visión, consultó el caso con el anciano alfaquí y cadí *Mondzir Ebn Said*, el cual la respondió: «Oh señora mía: vuestro noble esposo el califa ha provocado la cólera de Allah, empleando en fundar ese asilo del deleite y la vanidad mundana las sumas con que debiera redimir á los cautivos musulimes que yacen ahorrados en las mazmorras de Afranch. Su adorada Azzahrá fué quien con sus seducciones y engaños le hizo caer en falta tan grave.» Esta revelación dejó tan asombrada á la amante esposa, que temiendo para Annasser un pronto y terrible castigo de Allah, se encaminó á la mezquita para desviar aquel peligro con sus oraciones y lágrimas. En el silencio pues de la noche solitaria sin mas compañía que la de algunas esclavas cariñosas y fieles, acudió á la aljama aquel genio del bien á cumplir su misión bienhechora. Difícil sería describir dignamente la emoción grave y religiosa que experimentó la sultana en aquella noche bajo las majestuosas bóvedas de aquel templo, sostenidas por 1093 columnas de mármol y alumbradas con 4700 lámparas encendidas á la sazón para la sala de oración nocturna. Su longitud era de 600 piés y de 250 su anchura. En su parte de alquibla ó sea en la fachada de en medio que mira al mediodía, se abrían 49 puertas con hojas de bronce, además de la principal cubierta con láminas de oro; y en cada uno de sus costados de oriente y occidente se abrían otras 9 puertas. Sobre la cúpula mas alta se veían tres bolas, y sobre ellas una granada de oro. El número de sus naves era el de 57, y en toda ella se respiraba una suavisima fragancia de los muchos perfumes de ambar y de aloé que se quemaban. Tal era la famosa aljama de Córdoba la mas suntuosa del occidente y rival de la Caba de la Mecca, comenzada á edificar por el emir Abderrahman ebn Moawia, primer soberano de esta dinastía, en el año 170 de la egira, 786 de nuestra era, y concluida por su hijo y sucesor Hixem I de este nombre. La sultana con sus esclavas ocupó un lugar reservado en el *mihrab* u oratorio secreto que alumbraba una gran lámpara de oro, y allí permaneció largo rato con la cabeza inclinada, alzando al cielo sentidas plegarias entre lágrimas y sollozos.

(Continuará.)

F. JAVIER SIMONET.

(1) Pág. 422 á 23.

(2) Es cierto que la Córdoba romana no estuvo situada en la falda de la sierra, sino al S. E. de la moderna, correspondiendo á los dos arrabales que los árabes llamaron *Medina Alatica* ó la ciudad antigua y *Secunda*, puestos aquel mas al E. y este mas al S. sobre una y otra orilla del Guadalquivir, como consta por Almacari y otros historiadores.

(3) En la huerta de este monasterio yacen todavía algunos capiteles y otros fragmentos de Medina Azzahrá que acreditan el gusto árabe bizantino de aquella fábrica.

(4) Pág. 421.

(5) *Almacc.*, I, 372.

(1) Por muchos historiadores árabes sabemos que aquel célebre valle del desierto fué muy conocido y admirado entre nuestros árabes españoles.

(2) *Sida Alcubra*: así nombran los árabes á la sultana ó mujer principal del califa ó soberano.

(3) *Walidhda* llaman los árabes al príncipe heredero.



No he venido á pedirlo dinero, sino el honor de mi hija.

DIEZ Y OCHO AÑOS DESPUES.

(Continuacion.)

VI.

El efecto que la carta produjo en el ánimo del médico es inexplicable, habia muchos motivos para que el desgraciado William sintiese mas este suceso que si le hubiera pasado con alguna de sus otras dos hijas.

William habia conocido á la madre de Fanny hacia 18 años, se habian amado, y ella era el fruto de aquellos amores; la noche misma en que la dió á luz murió, William tuvo que ocultar el nacimiento de su hija por razones de interés suyo y de su familia, y para lograr su objeto se la habia mandado á su hermano que ejercia la cura de almas en una aldea inmediata, la niña se habia criado allí pasando por hija de una pobre que ha-

bia muerto al darla á luz, por lo cual la tenia de caridad en su casa el sacerdote.

William al poco tiempo se habia casado con una señorita de las inmediaciones, accediendo á los deseos de su familia; su esposa le habia hecho padre de las dos niñas que conocemos, muriendo poco despues, y William se habia ido á ejercer su profesion de médico á la misma aldea que habitaba su hermano.

Por todos estos motivos hizo gran impresion en el ánimo de Bradsh la fatal nueva que la carta referia, y ya sabedor del suceso solo pensó en buscar á su hija para darse á conocer de ella y obligar á su seductor á que la tomase por esposa.

Pasaron dos ó tres dias sin que ninguna de las investigaciones de los dos hermanos diese resultado; dias que fueron para ellos siglos, ignorantes como lo estaban de las circunstancias del hecho y del paradero de Fanny y su seductor.

En vano preguntaron cien y cien veces á miss Clara noticias acerca del amante de Fanny; la buena mujer juraba y protesta-

taba que no tenía noticia ninguna del hecho y que no sabía que la señorita tuviese novio.

Todos los criados, todas las familias de alguna suposición fueron consultados y preguntados; nadie sabía nada y todos unánimemente manifestaban lo mucho que les había chocado la noticia.

Y los días pasaban, y Fanny no parecía, y el médico y su hermano se cansaban de buscar: nada adelantaban, nada sacaban en limpio.

William tuvo la ocurrencia de decir á todo el mundo que el niño estaba criándose en casa de Marta, para ver si por este medio conseguía que llegando la noticia á oídos de Fanny, esta se apresuraba á buscarle.

La determinación produjo resultado, si bien no el que el médico esperaba; no fué Fanny la que acudió á la noticia sino su amante.

VII.

Una tarde que William fatigado de recorrer á caballo las aldeas vecinas en busca de su hija, había ido antes de volver á su casa á visitar á la nodriza de su nieto; esta salió á recibirle.

— Señor William, le dijo, hoy ha venido un caballero joven á ver el niño.

— ¿Ha dicho su nombre? preguntó el médico instantáneamente; pues ya creía descubierto todo el misterio.

— No Señor.

— ¿Ni dónde vive?

— Me ha dicho, contestó la nodriza, que descaria ver al niño todas las tardes, y que hiciese el favor de llevarle á la casa azul que hay detrás del bosque de los abetos.

— Bien, y tú le conocerás si le vieses.

— Naturalmente, señor, se ha estado aquí un gran rato, besando y jugando con el niño, y abrazándole con un cariño tan extraordinario, llamándole «hijo mío.....»

— Y ¿á qué hora has de ir? preguntó William, interrumpiendo la charla de la nodriza.

— No me ha dicho la hora, repuso esta, solo que vaya todas las tardes.

— Pues no vayas hasta que yo vuelva.

— Y ¿qué dirá?

— Diga lo que quiera, yo te lo mando.

— Bueno, señor, no iré, repuso la nodriza.

William se apresuró á ir en casa de su hermano, este había salido; pero le encontró en el camino.

— Una noticia, una noticia importante, gritó el médico al ver al cura.

— Apresuró el anciano el paso al oírle, diciéndole:

— ¿Qué se sabe?

— Sé dónde vive el seductor de mi hija.

— Y ¿le has visto?

— No.

— ¿Pero vas á ir á verle? preguntó el cura.

— Inmediatamente, no he ido antes porque él tenía mandado á Marta que le llevara todas las tardes el niño.

— Pues mira, William, no tardes.

— Voy ahora mismo.

— Si no fuera un asunto tan delicado que hasta los de familia sobran iria contigo; pero.... en fin.... tú lo harás.

Y diciendo esto, William salió de casa de su hermano para encaminarse á la en que Marta le había dicho vivía el seductor de su hija.

Llegó William á la casa al mismo tiempo que un joven elegantemente vestido y buen mozo se disponía á montar un esbelto caballo de raza.

— Caballero, dijo William, venia á buscaros.

— Tengo prisa, dijo el joven, ahí teneis á mi tío que os contará en mi nombre á todo lo que le preguntéis.

— Pero, caballero....

— Dios os guarde, dijo aquel, metiendo espuelas al caballo y desapareciendo por las sinuosidades del bosque.

William quedó solo, pensativo y mudo, pero ya no le cabía duda de que aquel era el seductor de su hija.

VIII.

Penetró en la casa azul, y diciendo quién era y que venia á buscar al amo, los criados le introdujeron hasta el despacho del dueño de la casa.

Era una persona de rostro altivo y de mirada vaga como el que no se fija en los objetos, estaba sentado á una mesa de despacho: cuando Bradsh entró se inclinó ligeramente para saludarle.

— Ignoro si me conoceis, dijo William mirándole.

— Sé que sois el médico de este distrito, pero lo que no sé es en qué puedo yo servirlos.

— Pues oidme:

Vos teneis un sobrino joven y buen mozo que vive en vuestra compañía.

— Es cierto.

— ¿Sabeis si ese joven, vuestro sobrino, tenia relaciones con alguna muchacha de estos contornos?

— Ignoro con qué derecho venis á pedirme cuenta de la conducta de mi sobrino.

— Caballero, dijo Bradsh ya irritado, si el honor de una mujer y la honra de una familia son algo, ese es el derecho que tengo.

— Dispensadme, señor doctor, pero no os comprendo.

— Nada tiene de particular, caballero, dijo el médico porque supongo que vuestro sobrino no os contará lo que hace.

— Al contrario lo sé todo.

— Entonces sabeis....

— Que un hijo suyo está en vuestra casa.

— Y que la madre....

— Es una pobre huérfana de los alrededores á quien recogió vuestro hermano el cura.

— Pero ignorais, dijo William interrumpiéndole, que la madre del niño es mi hija.

Dió un salto el viejo al oír esta confesion, y metiendo la mano en un cajon de la mesa sacó varias monedas que contó y arregló.

El día 10 os llevaron el niño.... hasta hoy podeis haber gastado unas....

— No he venido á pedir os dinero, sino el honor de mi hija, dijo Bradsh con una tranquilidad que asombró al viejo.

— ¿Y qué quereis?

— Que la falta de vuestro sobrino quede reparada.

— Hoy no está él.

— No ha querido orime cuando le hablaba.

— Volved mañana á estas horas y lo arreglaremos con él, vuestra peticion es justa, y una reparacion es necesaria; mi sobrino os la dará.

Marchóse William á su casa, en ella le esperaba su hermano. Nada se sabía aun de Fanny.

(Concluirá.)

AGUSTIN BONNAT.

AMPARO.

(Memorias de un loco).

(Continuacion.)

PRÓLOGO.

El antecedente epilogo lo escribí yo una noche, con la intencion de continuar tras él una novela.

Pero pasaron muchos meses, y ni una sola idea que buena fuera fecundó mi imaginacion para un nuevo parto.

Había ya renunciado á mi propósito y arrojado el epilogo entre mis retales, cuando hé aquí que cuando menos lo esperaba se me presentó en mi casa un amigo mio que por una sucesion de vicisitudes ha ido á parar en empleado de una casa de locos.

Ya ven mis lectores que mis amistades son amistades útiles.

Si un dia no tengo que comer, ahí está mi amigo el de la fonda del Cisne.

Si como es probable me vuelvo loco, tengo un amigo loquero.

No puedo quejarme buenamente de mi fortuna.

Mi amigo, aprovechando la ocasion de venir á Madrid, se habia traído consigo las MEMORIAS DE UN LOCO, muerto poco tiempo antes en el hospital de Zaragoza.

Yo saludé con un respetuoso entusiasmo aquel manuscrito y le adopté.

Si hice bien en adoptarle ó no, lo dirá el público.

A su juicio dejo las

MEMORIAS DE UN LOCO.

Era ya muy tarde, ó por mejor decir muy temprano.

Los relojes de la villa de Madrid habian marcado las tres de la mañana.

No habia alumbrado; pero el reflejo de la nieve que cubria las calles hacia la noche muy clara, aunque el cielo estaba muy oscuro.

Salía yo de una de esas casas....

Pero antes de que os diga la casa de donde salía, debo decir quién soy yo.

Soy un hombre ni feo ni hermoso, que acabo de cumplir treinta y seis años, y que en la época que pongo la fecha de mis memorias tenia veinticuatro.

Soy una persona decente, porque soy rico, y lo fué mi padre, y lo fueron mis abuelos.

Porque soy rico y persona decente me fastidiaba en aquella época.

Ahora no me fastidio: ahora agonizo.

Pero en aquella época estaba hastiado.

A los veinticuatro años habia viajado mucho, y de mis viajes solo habia sacado en limpio una suma enorme de recuerdos embrollados.

Mi pensamiento era una especie de torre de Babel.

En mi continuo trato con toda clase de gentes solo habia encontrado una verdad.

Que nuestro hombre y nuestra mujer no existen.

O, precisando mas la frase, que nuestro amigo y nuestra amante son dos fantasmas soñados por nuestro casco.

Sin embargo, muchos hombres me han ofrecido su bolsa y su vida, y muchas mujeres su cuerpo y su alma.

Yo tomaba lo que estos hombres y estas mujeres me vendian á beneficio de inventario, y ponía en cuenta corriente sus sacrificios frente á mi dinero.

Lo que se significa que descubrí otra verdad que se contiene en los siguientes versos:

Pues el amor y la amistad se venden,
lo que hay que procurarse es el dinero.

Si yo hubiera sido pobre, me hubiera afanado por adquirirle, para tener un dia el placer de estrechar las manos de muchos amigos y ser estrechado entre los brazos de muchas amantes.

Pero, como era rico, me encontré en posicion de entrar en el mundo de las afecciones por la puerta principal desde el momento en que me decidí á ser hombre de mundo.

Y tuve amigos y amantes.... á docenas.

Pero comprendí que estos amigos y estas amantes no merecian ni aun los honores de la farsa.

Acabé de hastiarme y pensé en el suicidio.

El hastío es la modorra del espíritu, su condenacion, su no hay mas allá, su mortaja, su ataúd, su *pulvis es*.

Un hombre hastiado es un muerto que anda; un muerto que en vez de apear á los vivos es apeado por ellos.

Me decidí por el suicidio.

Pero no adopté un medio vulgar de darme un pistoletazo, de suspenderme, de sumergirme, de darme de puñaladas ó de beber ácido prúsico.

Tales medios no los adoptan mas que los desesperados de mal género.

Los que temen á los acreedores.

Los que han sido bastante necios para referir su existencia á la posesion de una mujer.

Los etcetera, etcetera.

Un hombre hastiado debe morir noblemente luchando brazo á brazo con el hastío, forzándole, estrechándole, entrando de lleno en los excesos de todo género, hasta caer bajo los estragos de una vida monstruosa, absurda.

Yo lo adopté todo, la crápula, la orgía, el desórden, el placer....

Yo esperaba que apareciese la tisis.

Pero la tisis huyó espantada de mí.

Inútilmente forcé mi organizacion, procuré gastarme.

Mi organizacion resistió como una máquina de acero.

Entonces me entregué resignado á mi destino.

Como si un genio fatal y poderoso se hubiese propuesto oponerse á mi voluntad, se me hizo imposible el suicidio, á no ser apelando al medio ruidoso y poco decente de levantarme la tapa de los sesos ó de hacerme matar en un duelo.

Me reduje, pues, á satisfacer las necesidades materiales, y no pudiendo vencer al hastío le acepté con dignidad.

En este estado, pues, me encontraba á las tres de la mañana aquella en que las calles de Madrid estaban cubiertas de nieve.

Salía yo de una de esas casas, donde todo es permitido, donde se se ríe, se bebe, se habla libremente; se fuma y se está medio tendido y con el sombrero puesto.

Una de esas casas, en cada una de las cuales tiene abierta una candente y luminosa página el mundo.

Donde las mujeres se presentan tales cuales son arrojada la careta del decoro.

Donde los hombres hacen gala de sus vicios.

Yo no gozaba allí; pero estaba mejor que en otras partes, porque allí al menos veía claro, y no estaba obligado á fingir ni á violentarme.

Adelantaba yo maquinalmente á lo largo de una calle.

Aquella calle era corcobada de configuracion y ciega de luces.

Hacia un frio de cuarenta grados y nevaba.

De repente brilló una luz á lo lejos, y un cuerpo humano proyectó sobre la pared una gigantesca sombra.

Y, sin embargo, lo que producía aquella sombra gigantesca era una niña.

Aquella niña era una tramera.

Iba sola, y la acompañaba un perro.

Yo llevaba en la boca un cigarro sin encender, y con intencion de encenderle me dirigí á la tramera.

La muchacha traía muy poca ropa, y el perro muchas lanas.

Sin embargo, la muchacha parecia resistir admirablemente el frio, y el perro tiritaba.

La muchacha cantaba á media voz, sin duda por temor de interrumpir con su canto el sueño de los vecinos, y revolvía los montones de basura con su gancho, buscando trapos que cuando encontraba arrojaba en la cesta.

Al acercarme, el perro gruñó y se adelantó hácia mí de una manera amenazadora.

La muchacha entonces me miró y seguidamente llamó á su perro.

— He quieto, Mustafá, le dijo, dejándome oír una voz infantil y fresca, al par que armoniosa y grave: no ves que es un caballero.

El perro retrocedió, y yo me acerqué mas.

La muchacha me miró de nuevo.

Hay miradas que son una historia.
 Hay miradas que son un poema.
 Hay miradas que son una sátira.
 Hay miradas que dilatan el alma.
 Haylas por el contrario que la comprimen.
 La mirada de la traperita me refirió una historia muy sencilla.

La historia de una vida de sufrimiento.
 La mirada de la traperita fué un poema que podía haberse reducido á estas dos palabras.

«Sufro y espero.»

Estas dos palabras son la historia del género humano.

Sufrir y esperar.

¿Qué sufría aquella niña?

La pobreza con todas sus consecuencias acaso.

¿Qué esperaba?

¡Quién sabe lo que puede esperar una criatura!

La muchacha era toda ojos: unos hermosísimos rasgados y elocuentes ojos negros.

Aquellos ojos se destacaban de una manera enérgica, y parecían mas grandes y mas negros que lo que lo eran en realidad, sobre un semblante flaco, muy pálido, muy triste.

A pesar de la tristeza de aquel semblante, los ojos sonreían, pero con la triste sonrisa de la resignación.

Su mirada dilató mi alma, la hizo aspirar una pasión pura.

Yo creo que fué compasión hacia aquella niña lo que me hizo sentir su mirada.

Y á mas de la compasión un no sé qué misterioso, que no era amor ni deseo porque ni deseo ni amor podía inspirarme aquella pobre criatura.

Sin embargo, han pasado doce años desde que la vi la primera vez, y aun no he podido olvidar su primera mirada.

Me sonrió con ella como se sonríe á un hermano querido.

Me dió paz con su mirada en el alma.

Han caído dos lágrimas sobre el papel.

Siempre que las lágrimas asoman á mis ojos tiemblo de miedo.

Porque cuando mis ojos se arrasan, me sobreviene al poco tiempo uno de esos horribles ataques, en que no pudiendo resistir lo íntimo del dolor de mi corazón, grito y me revuelco, y me destrozó; y entonces vienen las ligaduras y el lecho de tormento y el horrible casco de nieve.

¡Me creen loco!

Es necesario pues olvidar; procurar olvidar; secar las lágrimas y esconder estas memorias.

(Continuará).

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

MADRIGAL.

EN EL ALBUM DE LA SEÑORITA DOÑA A. B. DE V.

Recoge en la guirnalda
 los mil anillos del cabello de oro,
 que ornando abruman tu redonda espalda.
 de blanca nieve perenal tesoro.

Apaga las centellas peregrinas,
 con que eclipsas la luz de las estrellas;
 pues loca no imaginas,
 el fuego que encender puedes con ellas.

Deslustra los corales
 que derraman carmin sobre tu boca,
 pues si tirana sales
 á ostentar á la luz tantos hechizos,
 redes de amor serán tus sueltos rizos,
 fuente de mil agravios,
 el rosicler brillante de tus labios

y manantial de enojos

la viva lumbre de tus claros ojos.

ANTONIO HURTADO.

LA VERBENA DE S. ANTONIO.

DEL MISMO ALBUM.

Verbenica, verbenica

de S. Antonio de la florida

Dios te bendiga, Dios te bendiga.

La famosa de S. Juan,

la de S. Pedro festiva

comparadas contigo

son niñería.

Tú tienes como ellas flores,

música, danzas y risas,

y santicos de barro,

también santicas.

Que el que vende á S. Antonio,

á S. Pedro y al Bautista,

puede, si hay quien las compre,

vender Marías.

Pero lo que tú tienes,

y yo sé que te lo envidian,

es ese riachuelo

de frescas linfas.

Ese campo y esos montes

en cuya elevada cima

resistiendo al verano.

la nieve aun brilla.

Esa fuente que aunque humilde

cual las mas soberbias, rica

por once caños vierte

sus aguas limpias.

Esa que la luna baña

y árboles recios abriga

del mas donoso santo

santa capilla.

Verbenica, verbenica etc.

FRANCISCO ZEA.

SOLUCION DEL GEROGLÍFICO DEL NÚMERO ANTERIOR.

Me doy por vencido, mas no anonadado; y esto por galantería.

Madrid.—Imprenta de la VIUDA DE PALACIOS.